

**Fascículo 9 - EL REINO ES DE LO MÁS NATURAL**

(Mc. 4,26-29)

— Nos quedó una escena sin leer —dijo Teófila al grupo de participantes—. Si les parece, vemos una de las dos parábolas que dirigió a continuación a la multitud. Aunque no tiene nombre podemos ponérselo nosotros al final.

*Así es el Reino de Dios, como cuando un hombre ha echado la semilla en la tierra; él duerme y está despierto por la noche y por el día, y la semilla germina y va creciendo sin que él sepa cómo. Por sí misma la tierra va produciendo el fruto: primero hierba, luego espiga, luego grano repleto en la espiga. Y cuando el fruto se entrega, envía en seguida la hoz, porque la cosecha está ahí* (Mc 4, 26-29).

Marcos abre el relato con la introducción: "*siguió diciendo*" sin indicar cambio alguno en el escenario. Así pues, estamos a la orilla del mar con el Galileo sentado en la barca. Nosotros seguimos situados junto a la multitud, en tierra, oyendo su mensaje en parábolas.

Fíjense en las palabras iniciales del Galileo: "*Así es el Reinado de Dios*". Ha colocado en primer plano el núcleo central del mensaje, como hecho sobre el que va a establecer la comparación.

La mirada del gentío se afianza sobre el colectivo que tienen ante sus ojos. No coincide precisamente con la soñada realidad social a la que denominaban: el Reinado de Dios. El Galileo trata de reconducir su idea equivocada.

La expresión con la que arranca el relato: "*así es*" avisa de la recurrencia a un ejemplo para mostrar un aspecto fundamental de esa sociedad definitiva que él sí reconoce en su grupo de adheridos. La comparación utilizada: "*como un hombre que haya echado la semilla en la tierra*" enlaza temáticamente con la parábola anterior.

El sujeto indeterminado, "*un hombre*", carece de protagonismo y su aparición se produce exclusivamente debido a la necesidad narrativa exigida por la naturaleza de la acción. Se trata de un hombre cualquiera, no importa quién, El desarrollo de la parábola no se centra en él, sino en su actividad: "*haya lanzado la semilla*"

La expresión con que se termina esta primera frase, aparentemente trivial y obvia, "*en la tierra*", ofrece una pista a los lectores. Noten que esa misma expresión le sirvió a nuestro narrador para indicar la posición de la multitud respecto al Galileo: "*la multitud se quedó en la tierra*".

Aún con este comienzo: "*Así es el Reinado de Dios como un hombre que haya lanzado la semilla en la tierra*", la parábola no entra en pormenores sobre la actividad agrícola requerida tras la acción de sembrar. Antes bien, alude a lo innecesario de la intervención del falso protagonista después de haber realizado su labor: "*se acueste o se levante, de noche y de día*". Además de dejar constancia de su inactividad respecto a la semilla sembrada a voleo, la frase registra el paso del tiempo con la referencia a la acción de acostarse y levantarse y la alusión a las fases en que éstas transcurren: noche y día.

La despreocupación del hombre anónimo revela su seguridad respecto a que el proceso se produce inexorablemente sin su intervención. Él, incluso, desconoce los mecanismos que lo ponen en marcha: "*y la semilla germina y va creciendo sin que él sepa cómo*". La simiente desarrolla su potencialidad de forma autónoma, con independencia del agente que ha realizado el movimiento de diseminarla. Su progreso es ajeno al dominio cognoscitivo del hombre: "*sin que él sepa cómo*". Esta última afirmación, aparentemente superflua, resalta la nula influencia externa sobre el crecimiento de la semilla y dirige el interés hacia el origen de ese avance imparable, que coincidirá con el quid de la cuestión.

El comienzo de la segunda parte del ejemplo contiene la clave de interpretación de la parábola: "*por sí misma la tierra va produciendo el fruto*". Como era previsible por la marca dejada como señal en el texto, el sujeto: "*la tierra*" es el desencadenante que genera el proceso de crecimiento y el resultado productivo de la simiente. Como lugar donde ha sido depositada, la tierra responde espontáneamente a las necesidades que el potencial de la semilla demanda. Sus condiciones la configuran como el medio ideal con todos los ingredientes necesarios para acoger en su seno la simiente. Una vez metida "*en la tierra*", ella sola avanza hacia su plenitud. Observen el matiz agregado al sujeto, "*por sí misma*", descarta la necesidad de intervención de cualquier otro elemento complementario y concede categóricamente a la tierra la exclusividad de ser el origen del progreso galopante de la semilla.

La acción sostenida, descrita al decir: "**va produciendo el fruto**", destaca holgadamente sobre la exposición previa como una prueba evidente de que la tierra, sola, consigue llevar la semilla a su esplendor.

La multitud, que permanece en la tierra, atenta a la narración de la parábola contada por el Galileo desde el otro lado de la orilla, tiene fácil sentirse aludida. También los lectores de Marcos. Como la tierra para la semilla, la mujer y el hombre son el albergue natural para el proyecto que el Galileo presenta como definitivo (el Reinado de Dios). La naturaleza humana reúne todos los requisitos para que ese proyecto logre su pleno desarrollo y conceda sus inimaginables beneficios.

— Me parece que el nombre de la parábola podría ser, entonces: **Lo natural es el Reino** —afirmó convencida una contertulia.

— Ese nombre tiene connotaciones subversivas —le replicó alguien. Piénsalo. Lo natural es que haya una autoridad; lo natural es el equilibrio; la propiedad privada es lo natural; es natural que exista un temor; lo natural es que si es más listo, gane más...

— Vamos —intervino Teófila tomando el timón—. Nos hemos quedado en el momento álgido de la parábola de donde surge su enseñanza fundamental. La tierra origina sola y por entero el progreso de la semilla desde el principio hasta el final. Veamos de qué manera lo cuenta el Galileo.

Enuncia la evolución de la semilla señalando los rasgos más sobresalientes de su crecimiento: "**primero hierba, luego espiga, luego grano a reventar en la espiga**". Esta manera de relatar, pormenorizando detenidamente las etapas naturales del crecimiento de la planta, tiene el claro propósito de resaltar con plasticidad el resultado final del proceso que destaca por la enormidad de su apogeo.

El Galileo pretende con ello crear admiración en la multitud por el desbordante efecto natural provocado por la conjunción de dos elementos: semilla y tierra. Como ellos, sociedad alternativa y ser humano, se reclaman mutuamente para alcanzar con su unión el ceñir de todo su potencial.

Del ejemplo no deben extraerse conclusiones sobre las fases de crecimiento de la semilla, que se describen únicamente con el fin de fijar la reflexión en el beneficio sobreabundante de la planta. Al abultar su resultado final, el Galileo persigue facilitar la deducción de que el proyecto social que él propone tiene ese mismo efecto rebosante cuando es bien acogido por el ser humano.

Pero hay algo más. El desenlace del ejemplo termina en el mismo tono optimista que la primera parábola. Con él, se estimula a los oyentes a dar el paso definitivo.

La primera frase parece complicada: "**y cuando el fruto se haya entregado**". La dificultad que a primera vista presenta hay que considerarla, por lo tanto, como señal de intencionalidad. La acción de entregarse, atribuida al fruto, ha de entenderse en el sentido de donación, de ponerse al alcance o darse con generosidad. Con ella, el Galileo invitaba a la gente a reaccionar a su propuesta con la entrega personal, de manera semejante al ostensible ofrecimiento de la semilla en su esplendor.

El momento culminante donde se inicia sin demora la recogida del beneficio generado por esa asociación natural Reino y ser humano se introduce al aludir a la urgencia de la recolección: "**enseguida**". El momento culmen apremia a la acción ("**envía**") al hombre anónimo e inactivo. No se ha precisado de su actividad hasta el momento de la cosecha y, aún así, se le deja en la sombra evitando citarlo para no distraer respecto al hilo conductor de la enseñanza. La germinación, el crecimiento y el apogeo de la simiente en la tierra constituyen las fases de un proceso natural que requiere exclusivamente la contribución desinteresada de ese hábitat ideal e insustituible.

La recolección, referida con el término "**hoz**" anuncia el instante deseado y confirma la llegada del tiempo en el que se habían volcado las ilusiones. La frase final de la parábola alienta a un optimismo sin desmayo, asegurando la presencia de la realidad más anhelada: "**porque ¡ha llegado la cosecha!**". El momento culminante donde se satisfacen sobradamente las esperanzas humanas.

La multitud que escuchó directamente la parábola pudo captar nítidamente la enseñanza transmitida a través de ella. A ese fin contribuyeron su sencillez, la viveza de la exposición, la variación de los tonos, y, quizás, la mirada cálida y los gestos seguros y convincentes del Galileo.

Esta parábola avanza la idea central de la primera, la del Escuchar, y agrega que la naturaleza humana no solo está preparada y dispone de todo lo necesario para asumir la sociedad alternativa y llevarla a su desarrollo práctico, sino que lo exige permanentemente como una necesidad existencial indispensable para alcanzar su plenitud.

Aquel hombre sentado en la barca ha descartado la idea tan arraigada en la gente. El reinado de Dios no llega desde el exterior. Es inútil esperar. Surge desde dentro y se impone aceptarlo. El proyecto social presentado por el Galileo está, pues, al alcance de las manos. Se encuentra ahí, al otro lado de la orilla donde él se sienta. Únicamente se necesita de la decisión personal para entrar en el tiempo radiante de la recolección. Para él, ha llegado ya el momento de la cosecha.

Bueno —terminó diciendo Teófila—, hemos llegado al final de esta curiosa parábola recogida exclusivamente por Marcos, como hemos dicho antes. Ahora podemos decidir sobre cómo llamarla.

.....

### **BUSCANDO UN TÍTULO – CONVERSACIONES**

— He pensado un posible título: "*el Reino es lo propio del ser humano*" –

— Yo tengo un título que me resulta precioso: "*La semilla que crece escondida*".

— Yo no acabo de ver que el nombre: "*lo natural es el Reino*" tenga fuerza reivindicativa.

— ¡La pregunta del inconformista! Habrá que preguntarse a quién conviene esa interpretación que no toca el dinero del banco, la comida del congelador, las escrituras de las fincas, la ley..., el poder...

Pero no confundamos. El Galileo ha presentado una alternativa, humilde, escuálida, no hay que negarlo, pero se trata de una realidad social que, teniendo ante sus narices, la gente puede ver y valorar...

La religión, en cambio, reduce su mensaje a un espacio espiritual invisible. Eso sí, tiene una razón para hacerlo, la religión teme a la realidad más que a una vara verde. Aunque la contradicción se hace patente a la legua. Teóricamente, la institución religiosa considera al Galileo como el Maestro. Sin embargo, vive como si fuera analfabeto... Por mucho que multipliquen su imagen y repitan incesantemente su nombre, el Galileo que la religión presenta al público no es el verdadero Galileo. A mí me ha tenido machacada y reprimida muchos años. El auténtico me debe hacer disfrutar. Yo lo reconoceré por su voz humana y por el contenido de su discurso.

— ¿Y cómo tendrás la seguridad de que es él?

— Muy sencillo. Lo reconocerán los pobres. Bastará pensar como ellos.

— Yo estoy ansioso por saber qué tiene de subversivo el título "lo natural es el Reino".

— Ya lo dijimos. Nosotros consideramos natural todo aquello que desde pequeños nos han enseñado a no discutir. Conviene preguntarse qué interés hay tras esa labor fuertemente educativa ¿Por qué esa obsesión desmedida por grabar en nuestros cerebros axiomas universales? ¿Y qué nos impide someter a crítica esas verdades absolutas? ¿Quién nos ha inoculado el miedo a ponerlas en cuarentena? ¿Por qué calificamos de locura el hacerlo? Y si no es así..., aquí..., entre nosotros, hagamos el sencillo ejercicio de enumerar algunos de esos principios cósmicos indiscutibles.

— Yo voy a decir algunas: el dinero; la propiedad de la tierra; el poder; las fronteras; los militares; las armas...

— El egoísmo acaparador; el dominio y la esclavitud; los ricos y los pobres; la hartura y el hambre; la desigualdad; la discriminación por sexos; por razas; por cultura; por edad...; y, naturalmente, la estructura que defiende y permite todo eso.

— Nuestro silencio cómplice.

— Yo añadiré solo una: la febril actividad humana, que lleva sin remisión a la ruina del planeta y representa el gran fraude a la naturaleza.

— Esa muestra forma parte de un conjunto de cosas ajenas al ser humano. Aceptamos esos principios como verdades intocables, pero no nos pertenecen. ¡Son un postizo!

— Lo natural es el Reino.

— No hay vuelta de hoja. La parábola denuncia en forma indirecta que nos han dado gato por liebre, ajeno por natural, y nos anima a acoger lo nuestro, ignorando lo extraño. Ahí radica la enorme inteligencia humana del Galileo.

— Evidente. Considerar que el Reinado de Dios es lo natural al hombre supone aceptar que la igualdad es el principio básico sobre el que debe estructurarse la sociedad humana. Eso resulta intolerable para el sistema.

— Lo primero que ha aparecido en la lista de cosas que hemos mencionado es el dinero. En teoría suena muy bonito. Pero, a ver, ¿cómo se puede, por ejemplo, vivir sin dinero?

— Estoy empezando a considerar que únicamente se puede vivir sin dinero.

— ¿Hacia dónde estamos mirando cuando defendemos el dinero como principio inviolable?.

— Hacía la vida real.

— No. Esa es la base del engaño. Miramos hacia nuestra cuenta corriente. Si dirigiéramos nuestra mirada hacia la vida real, observaríamos los millones de hambrientos, ¡que se dice pronto!, muriendo a diario sin comprender ni siquiera la causa esencial que veda su vida. Pero nosotros sí la conocemos. Precisamente mueren porque no les miramos. Estamos pendientes de nuestro bolsillo... ¡y nuestro bolsillo es su muerte! La mirada obsesionada sobre el dinero no genera más que destrucción. Las pruebas son tan brutales como evidentes.

— Llevas el tema a posiciones radicales, estamos hablando del dinero como un sistema de intercambio. Desde ese punto de vista no podrás negar que es un excelente procedimiento, validado históricamente por todas las culturas.

— ¿De intercambio de qué? ¿Cómo se puede medir en valores económicos el tiempo y el esfuerzo humano? ¿Qué podemos poner en el otro lado de la balanza para equilibrar el platillo en el que se ha puesto la vida?

— Así funcionamos todos y hay una aceptación general del dinero como método de intercambio. No se ha encontrado otro mejor.

— Teóricamente eso es indiscutible, pero en la práctica el modelo oculta lo que realmente es: una fórmula de legitimar la desigualdad y la injusticia. El dinero no es un instrumento ni un medio, está constituido como el último objetivo. Representa el poder que se tiene o la penuria en que se está. Materializa el símbolo donde se concentra toda la crueldad del sistema. Por otra parte, damos como natural que ha de existir un sistema de intercambio, pero, ¿nos hemos preguntado por qué? El intercambio supone previamente la existencia de la propiedad privada. Esa es otra verdad universal que habrá que poner en tela de juicio.

—¿Tú estás por el Galileo que presenta Marcos?

— Yo estoy... ojo avizor. En mi vida me he sentido más neutral. Pero eso sí, nunca imaginé lo obscena que puede llegar a ser la neutralidad.